

ción del Santa Fe Chief no se hubiera averiado al cruzar el helado territorio de Kansas, haciendo que Thomas "Fats" Waller, el hijo del predicador de Harlem, muriera literalmente de frío, es posible que hoy los que tenemos el buen humor de escribir de "jazz" no anduviéramos copiando manuales y enciclopedias para hablar de Waller, y hasta tal vez se pudiera decir algo original sobre él. A lo mejor incluso habríamos tenido ocasión de conocerle en algún Festival de San Sebastián, metido en uno de esos adorables rosarios de viejas glorias que acostumbran a rendir visita por

los escenarios europeos del "jazz".

Si en España no existiera el desinterés que existe hacia el "jazz", es posible que no tuviéramos que doblar campanas haciendo la presentación del álbum de cinco discos "Fats Waller Memorial" (RCA PM 42031/42039), porque ya haría ocho años de su edición. No tendríamos que decir —que copiar de enciclopedias, vamos—, quién fue Fats Waller, porque además de este quintuple se habría publicado otro, más dos antologías y no menos de diecisiete LPs recogiendo los masters que fue dejando registrados Wa-

ller en cumplimiento de su contrato vitalicio con la mentada compañía RCA.

De acuerdo, es empezar con muchas condicionales, pero se trata de hacer la crónica del aquí y el ahora, y este aquí y este ahora las incluyen. No son para ser despreciadas, porque probablemente seguirán operando, a qué engañarnos, pese a la edición de este "Memorial". El mercado español del disco es un tinglado muy raro, al cual unos tipos muy raros dejamos a veces de poner verde para agradecerle que se acuerde de nosotros y saque cosas como ésta que comento. Todo se queda en eso.

Pero, en fin, el caso es que aquí tenemos a Fats Waller, al pianista gordo a quien todos citaban y un día sacó de los archivos el señor Michel Laverdure, sin duda para poner en su punto las cosas y recordar que la guerra empezó mucho antes de que unos y otros se tiraran de los pelos por un quitame allá ese Archie Shepp. Tenemos al Fats que desató un verdadero fervor —fuera— entre los aficionados y originó, ganando batallas después de muerto, la "integral" antes mencionada, y además toda una política de reediciones absolutamente modelica, plasmada en una serie, "Black and White", con la que el tal Laverdure y Jean-Paul Guiter enseñaron a los americanos a investigar su propia historia. La verdad es que entrar en detalles no tiene sentido. El "Fats Waller Memorial" son cinco discos, más de setenta títulos. Hay interpretaciones al órgano, en las que Fats suena ora a Bach, ora a acompañante al Wurlitzer de películas mudas —trabajo que, por cierto, desempeñó durante algún tiempo—. Hay muestras de las increíbles sesiones de piano sólo de los años 27, 29, 34, 37 y 41. Hay, por supuesto, mayoría de **standards**, recreados o vueltos del revés, reverenciados o ridiculizados, con la ayuda de grupos cuyos integrantes —los Autrey, Sedric, Casey y compañía—, todos estupendos instrumentalistas, hicieron su fama a la sombra de Waller, quien no obstante les dejaba buen espacio y les daba buenos estímulos para expresarse. Están las propias composiciones de Waller, las más "serias" destinadas a ser ejecutadas a piano solo, las menos a suministrar diversión de primera clase con la cooperación del inseparable letrista Andréamentena Razafinkiriefio (a) Andy Razaf, miembro de la dinastía imperial malgache, ex ascensorista y, en fin, todo un personaje que merecería por sí solo un largo artículo. No faltan

curiosidades, como un dúo de pianos a cargo de Fats y Hank Duncan en "I Got Rythm", sobre el fondo de una orquesta de más de diez músicos que constituyó la excepción a la regla. Por fin, la larga serie culmina a lo grande, con sendas grabaciones del 43, extraídas de la banda sonora de la película "Stormy Weather", y en las que junto a Fats figuran, entre otros, Benny Carter a la trompeta, Irving Ashby a la guitarra, Slam Stewart al bajo y Zutty Singleton dándole duro a la batería. Es ocioso mencionar cuál de los dos títulos es el que cierra el álbum: "Ain't Misbehavin'".

"Ain't Misbehavin'" es el tema arquetípico de Fats Waller: en él se revelan todas sus virtudes, especialmente esa portentosa inventiva melódica que dio a sus seguidores la posibilidad de escapar de los rígidos esquemas que imponía la escuela **stride** de Harlem. Por cosas como "Ain't Misbehavin'" es por las que hay que conceputar a Fats Waller primordialmente como uno de los grandes compositores americanos de nuestro siglo, sin por ello despreciar sus virtudes como pianista, organista, cantante y **entertainer**. "Ain't Misbehavin'", compuesta para una **All-negro Revue** llamada "Hot Chocolates" que se estrenó en 1929, cuando su autor tenía veinticinco años y todo para él comenzaba, resulta, vista desde la distancia —o desde su recreación como final de cinco discos antológicos—, una total declaración de principios. Efectivamente, Thomas "Fats" Waller no se portó mal. Poniéndose poético, cosa explicable después del trabajo realizado, Michel Laverdure dice en el libreto que acompaña la edición —y que en su versión española se ha visto lamentablemente reducido— que Fats bebió la vida a grandes sorbos. Nosotros, más apegados a la realidad, pues no en vano salimos de un "mare magnum"

"Fats" Waller.



## Jim Capaldi: Espíritu de rock

Mientras esperamos las visitas mucho más atractivas y convincentes de **Chick Corea** y —sobre todo— de **Bob Marley**, ambas anunciadas para las próximas semanas, he aquí que tres ciudades peninsulares recibieron la llegada de una vieja estrella del **rock'n roll** de los años sesenta, todavía hoy en "marcha": la de **Jim Capaldi**, en la actualidad con su grupo creado por él, y denominado **The Contenders**. Con treinta y cuatro años a las espaldas, sin embargo, se puede aún conservar fresco el espíritu "teen", porque en esto no hay cuestión: o se tiene "feeling" a cualquier edad, o se carece de él. Y se es capaz de expresarlo o no. **Jim Capaldi** —un músico nada más que discreto, un letrista mucho más centrado, aun dentro de su sencillez— pertenece a la segunda clase de artistas, por más que las influencias vulgarizantes de la música discotequera y nada más que "funky" hayan dejado más de una huella en él. Por ejemplo, en su concierto de Madrid la pasada semana, donde al menos los cuatro o cinco primeros temas fueron poco más que concesiones rítmicas a la galería, en busca de una pronta identificación primaria, basada en el puro artificio formal. Conseguido el deshielo, Capaldi y su grupo se dedicaron por fin a hacer música, y fue entonces cuando, nada paradójicamente, hubo mucho más ritmo y blues que nunca. También fue entonces cuando hubo más "rollo" rockero. Todo en atractiva síntesis: se montó un edificio



sonoro de atractivas aristas, y los muchos asistentes al concierto —previa rotura de cristales, los que carecían de entradas— se cobijaron dentro de él muy gustosos (no son numerosas las ocasiones presentes en que se hace posible tal hecho, teniendo en cuenta la penuria de conciertos de rock que estamos atravesando).

Buenos profesionales, notables instrumentistas, adecuado sonido en la mayor parte de las ocasiones, el espectáculo de **Capaldi** y **The Contenders** no marcará seguramente un hito, pero dejó patente la personalidad de su líder, un carisma antes apagado por las sombras "traficantes" de **Stevie Winwood** y **Dave Mason**, y ahora, mucho más libre: el gusto por hacer simple rock —que no hay que confundir con rock primitivo— y la inquietud existencial por unos cuantos temas. Pero, fundamentalmente, el deseo de mantener una llama de otro tiempo que no parece por momentos sino difuminarse: el de la juventud. ■ **ALVARO FEITO**.